

quiso este, ya que no pudiera ver lo visto por su feliz mujer, oír la palabra de quien así en las audiciones piadosas se absorbía y reflejos celestiales en su absorción tomaba. Buscáronlo, y naturalmente lo hallaron por las calles de Barcelona, que recorría diariamente al acaso, desprovisto de todo alojamiento, y viviendo con felicidad al aire libre. Y una vez encontrado y conducido á casa, todos los que la habitaban, hallaron tal regocijo en oír sus pláticas y tal consuelo en aprovechar sus consejos, que no le dejaron partirse en el bergantín armado, por zarpar prontamente; y zarpó, y sorprendido por una tormenta, se perdió á la vista de Barcelona y en sus aguas.

No tenía mas remedio que aprovechar la primera nave con rumbo á Italia, sin parar mientes en su mayor ó menor disposición para la seguridad. Resolvió salir en el primer barco, y fué á poner por obra su resolución. Cogió su bordon, compañero único de su viaje, y se fué á la nave como pudiera irse á su casa. ¡Cuál no fué su asombro, cuando el patrón le dijo que necesitaba el cuitado aprontar las monedas necesarias al pago de su pasaje! Él creyó, en su idealidad irremediable, que cualquiera nave podía llevar un peregrino encerrado en su camarote, de igual suerte que llevaba cualquier golondrina posada en su arboladura. El patrón le vió tan acongojado de esta natural contrariedad, que se dió á partido, y vino en pactar un acuerdo. Dispensábale de todo pasaje, con tal que concurriera él á su manutención y sustento, proveyéndose de la galleta indispensable, porque sin esta provision no quería recibirle. Tuvo que pensar, pues, en su manutención; y este pensamiento lo sumergió en un mar de dudas, y atenaceó su conciencia con toda suerte de dolorosos escrúpulos. Creía que al embargarse su ánimo con cosas tan baladíes como el sustento de cada día, se desembargaba de cosas tan grandes como la contemplación y el deliquio y el éxtasis. Creyó mas, creyó que al mostrarse deferente á las exigencias del patrón, perdía aquel ánimo indiferente á las cosas criadas que aconsejara él en sus meditados ejercicios como la segura perfección. Todo peregrino debe creer que Dios convertirá las piedras en panes para él; y le pondrá una mesa provista en medio del desierto. Ni las cigüeñas, ni las golondrinas traen alforjas; y Dios no se curará menos del sustento de las almas místicas, verdaderas aves celestiales. Desconfiar, pues, del divino auxilio en su pasaje marítimo, equivalía para él á desconfiar del Criador y con-

fiar en lo creado. Toda su doctrina se derogaba en tal acto, y esta derogación le traía tan apenado y congojoso, que no acertaba con el medio eficaz de libertarse y desenmarañarse de todos aquellos escrúpulos.

Por fin corrió á los piés del confesor, según los consejos de sus ejercicios y las prácticas por tales consejos preceptuadas. En su confesión, pintó con vivos colores los dos votos sagrados é irrevocables que había hecho en la cueva de Montserrat, y ofrecido á Cristo: el voto de pobreza y el voto de castidad. Si por acaso, después del último voto, encontrara una doncella ó cualquiera otra mujer que le placiera, y requiriéndola de amor, le brindara su mano y le ofreciera su lecho, ¿no pecaba contra la castidad y desmentía el voto presentado á Dios como un holocausto en la iniciación y comienzo de su nueva piadosa vida? Pues igualmente, al procurarse una cantidad cualquiera con que comprar el bizcocho necesario á su manutención durante la travesía, derogaba su voto y desmentía su doctrina, mereciendo por tanto el fuego eterno. Bien puede ahora decirse que donde Dios pone el mal, también pone el remedio; y donde pone un santo de tales imaginaciones y escrúpulos, también pone un confesor que le llama dulcemente á la realidad y le dice cómo ha de proceder para sin salir de la tierra, volar al cielo, compaginando los deberes místicos y piadosos con las necesidades materiales y humanas. El buen confesor sentado en su confesonario, nos parece con su buen sentido y su buen consejo aquel escudero sagaz y socarrón, que veía las grandes aspas del molino donde su amo los grandes brazos del gigante, y se destapaba un poco el pañuelo encubridor de la vista cuando iba por los aires en el lomo de Clavileño; con cuyo fácil medio no tomaba por fuego de los celestiales cometas el fuego de las encendidas estopas. Dióse, pues, Ignacio á pedir limosna en las calles de Barcelona, y la encontró tan abundante que pudo comprar todo el necesario bizcocho y dejar aun sobre un banco de la marina barcelonesa varias blancas de las recogidas contra su voto de pobreza en sus actos de mendicidad. Y para evitar toda tentación de vanagloria no decía quién era, ni qué nombre llevaba, ni qué oficio tenía, ni qué proyecto premeditaba, ni qué limosna recogía, ni el libro escrito en Manresa, ni la peregrinación emprendida, ni la cosecha vista en sueño y atrojada en sus esperanzas, ni las visitas místicas, ni la interior satisfacción y alegría, no fuera que se desvaneciese y tomase gusto y engrei-

miento al aire popular y al reclamo placentero de la fama. Así el buen Ignacio iba con esmero acrecentando su interior pensamiento y su austera doctrina con la reserva de arrojar la responsabilidad de alguna parcial derogación sobre sus confesores y sus confesiones, que tomaban á su cargo el amoldarlas á las exigencias de la realidad y á las necesidades de la vida.

Fué muy trabajosa y aun peligrosísima su navegacion. Desencadenáronse los vientos, y subvirtiéronse las olas. Corrió deshecha borrasca; y estuvo cuasi á punto de tremendo naufragio. Pero aquel recio mar y aquel deshecho viento sirviéronle para el mas pronto arribo, pues cinco días le bastaron á dar con su cuerpo, desde Barcelona, en Gaeta. No queria el cielo apiadarse de Ignacio ni concederle tranquilidad alguna. Horrible peste diezmaba en aquel año, 1523, los campos y las ciudades de Italia. La gran calamidad tomó tales proporciones, que no habia brazos para enterrar los cadáveres, cuyos miasmas envenenaban los aires. En su terror, los pueblos ponian centinelas á las respectivas puertas, y no dejaban entrar ningun viandante. Cuántas veces Ignacio se halló, en la soledad de la noche, por medio de los campos desiertos, sin ruta y sin guía, perseguido por el aullar de las alimañas feroces y hambrientas. En mas de una ocasion creyó morir. Las puertas de los mas humildes tugurios, donde siempre habita la caridad, cerrábanse á su paso; las grandes poblaciones impedíanle la entrada; sus semejantes huían de él á todo huir, como se huye por do quier, y con especialidad en los pueblos meridionales, de los apestados. En cien lances creyó morir de hambre, tendiéndose sobre el duro suelo donde le tomaba la noche y esperando su remedio de lo alto. En otras cien cayó y levantóse; pareciendo, al caer, un cadáver, y al levantarse, un resucitado. No tenia, ni aun á quién preguntar por las sendas y caminos al paso, pues con cuantos topaba, huían de él como si huyeran de la muerte. Y él buscaba, en tan áspero é infernal viaje, la ciudad, cuya visita debia preceder á la visita de Jerusalem, la ciudad de Roma; pues si aquella es la habitacion de los profetas, esta es la habitacion de los Pontífices; si aquella la promulgadora de los mandamientos, esta la promulgadora de los cánones; si aquella la residencia del templo de Salomon, esta la residencia de la Iglesia del Vaticano; si aquella la patria de los apóstoles, la patria esta de los doctores; si aquella la ciudad de Dios, esta la ciudad de Pedro; y Dios en el cielo y Pedro en la tierra, eran

como los dos polos de la idea jesuítica y como los dos ideales vivos de toda la doctrina de Ignacio.

El promovedor de la revolucion religiosa y el promovedor de la reaccion jesuítica, los dos han estado en Roma. El uno ha visto la Roma espléndida del Renacimiento, la Roma de Leon X, que brillaba por su gran coro de artistas; y el otro ha visto una Roma ya menos brillante y con menos eficacia sobre la imaginacion; porque no tenia la multitud de ingenios congregados por Alejandro VI, Julio II y Leon X, estos tres Pontífices de las artes políticas y de las artes plásticas, restauradores diversos de la sensualidad pagana que enardecia la sangre de aquel siglo, poniendo en sus manos los buriles y los pinceles con que se restauraban las formas de las estatuas y las divinidades antiguas con el culto religioso y ferviente á la madre naturaleza. La triste y anti-artística reaccion iniciada por el pontificado de Adriano VI, aquella reaccion consumada en el saco de Roma bajo Clemente VII, quitábale á la ciudad eterna uno de sus mayores prestigios. Ignacio no sintió la cólera contra Roma que habia sentido Lutero. Mientras este solo tuviera tres momentos de gozo, al decir su primera misa el día de San Juan y al bajar por la escalera consagrada por la tradicion como escalera pisada por Cristo en su subida al pretorio, y al ver los huesos de los mártires; mientras se indignaba y deshacia en imprecaciones á la vista de los grandes monumentos elevados sobre las ruinas, Ignacio, mas conforme con la tradicion católica, mejor dicho, adherido á ella por completo, viviendo de su jugo y respirando de su aire, no examinaba, no discutía, no pensaba siquiera, faltándole tiempo y espacio para la constante adoracion y la exaltada fe.

Las razas de aquellos dos hombres habian combatido igualmente con Roma. Nada tenian ciertamente que ambicionar en gloriosos recuerdos anti-romanos aquellos dos hijos de los campos pútridos y de las montañas vascas. Por motivos diversos los nietos de los germanos y de los cántabros podian renovar contra la Roma pagana los juramentos de Aníbal. La fisiología de las razas, como la naturaleza material donde viven las naciones y como la complexion física de los individuos, influye de un modo soberano en los desarrollos naturales de la sociedad y en los acaecimientos mayores de la historia. El germano habia conservado el apego á su raza pura y á su sangre paterna y á

su tradicion secular, mientras el vasco, unido con las demás razas de la península en cuyas venas á la sangre ibera y celta se mezclara la sangre fenicia, cartaginesa, griega, latina, semita, no podia sentir contra Roma odios disipados por los siglos, odios mas frios que los huesos de los montañeses sublevados contra el emperador Augusto y el general Agripa. Así, á los ojos del germano, Roma era la proterva ciudad que habia roto por el Rhin y por los Alpes contra las tribus libres de sus padres inmolándolos en los campos de batalla, ó conduciéndolos como esclavos al deshonor de las ergástulas y á las cruentas fiestas del circo: Babilonia proterva y apocalíptica, cuyos Papas no eran sino la triste continuacion de los Césares. Mientras Ignacio nada sabia de esto, nada recordaba de los valles de Regio ni de los montes de Vasconia, surcos aquellos regados con sangre cantábrica y catafalco estos de huesos cántabros. El catolicismo habia purificado á Roma, y Roma no podia ser á sus ojos sino la peana del Eterno y la escalera del Empíreo. Lutero entraba en Roma con la desconfianza del germano vencido, y entraba Loyola con la fe del peregrino místico. Seguramente las ruinas del antiguo mundo no pudieron llamar la fria inerte atencion de aquel anacoreta indiferente á las cosas mayores de la tierra. Si visitó el coliseo, no admiraria las colosales proporciones y la sintética arquitectura que lo hacen como la diadema de la Ciudad Eterna, sino el Via-crucis, por donde se hallan esparcidos los restos de los mártires y los recuerdos de los apóstoles. Si al pié del Capitolio se detuvo, y ante las ruinas del Foro, no admiraria, no, aquel centro de los pueblos, cabeza del humano linaje, sol de tantas razas; buscaria en las hondas tinieblas y en las frias humedades propias de la gemmonia romana, el sitio de la prision marmertina, donde los Césares crucificaron á su patrono San Pedro. Ignacio entró en Roma de rodillas y de rodillas salió. El musgo parietario que los vapores del Tíber engendran allá en las piedras de la iglesia vaticana ¡oh! no está, no, tan unido y tan pegado á los altos muros de esa iglesia madre, como la conciencia y la voluntad y el pensamiento y el alma de San Ignacio. Todo cuanto quiere que se haga por Dios, tambien quiere que se haga por el Papa. De consiguiente la tiara que lleva en su cabeza, el báculo que empuña en su mano, el anillo piscatorio que ciñe á su dedo, no le son al Papa tan fieles y tan sumisos como San Ignacio, quien por el Papa se ha convertido en un sér

tan frio, tan inerte, tan obediente y tan sumiso como aquellos objetos metálicos. Por consecuencia Ignacio entró en Roma como pudiera entrar en su panteon el cadáver.

Lo que mayormente ocupó su espíritu en aquella ocasion y en aquella ciudad fué su proyectado viaje á Jerusalem y los medios de cumplirlo. Animo y valor se requeria para no desmayarse al relato de los procelosos peligros. Cuantos se hallaban de las circunstancias anejas á toda peregrinacion sabedores é industriados ¡ah! disuadíanle, presentándole aquello que mas podia molestarle y afligirle, dada su modestia y su pobreza, la necesidad de dinero y de muchísimo dinero. El penitente no se disuadia sin embargo, poniendo su fuerza en dos apoyos que le inspiraban igual confianza, en la virtud de sus sacrificios y en el amparo de su Dios. A pesar de esta doble confianza, cuál no sería la pintura de los peligros que debia correr y de los azares á que debia su alma y su cuerpo arriesgarse, cuando le obligó, contra su voluntad y contra su fe, á tomar de manos de las congregaciones adscritas á la propaganda católica, el don de algunos ducados y el recurso de algunos auxilios; y como le sucedia siempre que la parte inferior de su naturaleza y de su vida se aventajaba y sobreponia á la parte superior y espiritual, Ignacio tuvo arrepentimiento inmediato despues de la indeliberada aceptacion de aquellos valiosos auxilios. Se arrepintió, retrocedió en seguida, viendo en ellos, mas que un socorro del cielo propicio á sus planes, una confianza en el mundo impropia de su doctrina. Y comenzó nuevamente á molestarle mucho el escrúpulo propio de su complexion religiosa y á redargüirle de desconfiado el remordimiento vetustísimo, haciéndole ver en su conciencia que carecia de apego á su doctrina; y al ver esto, no guardó ya los ducados, sino que fué á los pobres repartiéndolos conforme encontraba pobres en el camino y creíalos necesitados de su limosna. Domingo de Ramos llegó á Roma, y hasta ocho dias despues de Pascua estuvo en Roma, pues así como en sus ejercicios la meditacion religiosa no es mas que un preliminar de la contemplacion religiosa, en su viaje, Roma, la ciudad de su Papa, no fué mas que un preliminar de Jerusalem, la ciudad de su Dios.

Desde Roma pasó Ignacio á Venecia; y el viaje resultó para él otra nueva calle de amargura. A las dificultades naturales, que lleva consigo el recorrer